ELCOSMOS REFERENCIAL: ¿CONOCIMIENTO, PREJUICIO O SUPERSTICION?

(una aproximación a los tópicos lingüísticos a través del contexto socio-cultural)

Natalia Fernández[1]

Sólo hay un paraíso del que los hombres de hoy no hemos sido expulsados: se trata del paraíso de la memoria, el derecho íntegro al recuerdo íntegro, sin malherir los factores que han degradado las vivencias gloriosas. Pero no vamos a hablar de las permutaciones y de las permanencias de cada pensamiento individual, si no de la pérdida inexorable del paraíso colectivo.

Cuando sentimos las primeras contracciones que auguran el nacimiento el siglo XXI, nuestro agrietado planeta, entiéndase por contigüidad y identificación género humano- aparece acupunturado por las agudas agujas de la paradoja, los círculos viciosos y el desolador sentido de la transición. Y sobre todo, por el control.

Para la paradoja podemos acogernos a una abundancia ilustrativa, que la afirma y corrobora, aunque de ningún modo la justifica. Una paradoja sería el alud informativo que coloniza la conciencia del "hombre de hoy". El desvalimiento a que le somete esta brutalidad comunicativa interpersonal, y sin embargo, tan impersonal, invalida la calidad sintética, la educación crítica y, en cierta medida, aboca a la indigestión de valores. La indigestión y defecación de valores (esos rodrigones y constituyentes éticos). Pero aquí no hablamos de moral ni de sus falsos velos rituales. En realidad hablamos de algo muy distinto: jamás se ha especulado, vaticinado y propuesto tal ingente cantidad de teoremas, destinados a un diagnóstico claro de la enfermedad socio-cultural de nuestra atosigada centuria, y destinados a preservar, redimir o custodiar remedios que desintoxiquen al hombre de los enemigos contextuales y ambientales, y de las cadenas internas.

Otra paradoja es que ese gran cambio cuantitativo y cualitativo (estadísticamente probado en su progresión geométrica) que supuso la Revolución Industrial, lejos de abastecer al Hombre de un excedente de un tiempo que le permitiese "crecerse a sí mismo", creó el tópico "mito del

progreso", ese niño superlativo y desproporcionado, esa inteligencia neutra y tecnificada que devora, en su gran complejo edípico o en su torpe orientación ostentativa, a sus progenitores y maestros, uno a uno. Dos palabras surgen para captar la imagen del vacío humano en lo laboral: alienación (luego extendida como estereotipo a otros ámbitos) y otra para captar la abstracción de una estética banalizada y malentendida: cosificación.

La desorientación colectiva está perfectamente burocratizada a través de consejos que editoriales y publicidad se encargan de difundir y acreditar con clausulillas mediocres y prácticas a fin de "vivir mejor", "gozar del sexo", "como persuadir","como comer de gorra siete dias a la semana", y un inacabable etcétera, incluyendo novedades tan pretenciosas como el "como ser un sinvergüenza elogioso...sin que los demás lo noten". El problema no es, no obstante, este lanzamiento trágico que presupone el lema de "un libro es un amigo", y que se agazapa tras presupuestos altruístas y promesas de mejora y eficacia. El problema real es el límite a que nos reduce esta opción perceptiva, es que se acaten esas palabras ruidosas (que tienen el mimo y la garra del felino más sofisticados), se las integre en la trayectoria del nihilismo sedentario y en la farsa de la Nada (y todo el contingente de vaciedades, exhibido en los expositores de vanidades de la Vida Moderna). Se venden palabras desangradas de contenidos (sólo las sustenta una dosis de vigencia funcional, las premisas de la utilidad). El hedonismo tramitado por la gran maquinaria social es consumo.

No tiene nada que ver con nuestro estudio concreto, pero tal vez la contradicción más palpable es la que atañe a los sentimientos, aunque actualmente están tan desprestigiados que habría tanto que decir al respecto que no cabe en los parámetros de la indiferencia. El siglo XX, por comenzar con correlatos históricos, entre sus muchas ofertas y afecciones, trae consigo la "relación por amor" frente al matrimonio de conveniencia estilado ancestralmente hasta entonces. Sin embargo, también esa posibilidad de paraíso a través de una interacción y realización afectivas y autenticidad de sentimientos, se ve mermada por la confusión no siempre evidente de la "tendencia colaboradora" o "espíritu asociativo". Es tan grande la necesidad de pragmatismo y la urgencia de la funcionalidad, que el universo de la pareja se coordina, se

agiliza y se complementa si "son buenos socios". A este derrotero ficticio a que nos lleva la tecnocracia malentendida. Así mismo Dios se ha convertido, para creyentes en especial, en un socio del negocio vital, un artículo de consumo. Él es el abastecedor en el mercado de la autocomplaciencia, el canal por el que transitan los anhelos, los objetivos y las citas con la ambición. Él es el gran inversor en la Bolsa de nuestras afanosas expectativas.

El gran error que Sade no perdonó al hombre fue Dios. El gran error que no se debería perdonar al hombre es haber pervertido y mercantilizado el nombre de la divinidad. Dios es un objeto plastificado, una tentación en un escaparate donde se ubican, entre otros, más dioses que engolosinan la fe, la barajan con alquimias pretenciosas y gérmenes de cierta superstición cognitiva. Dios ingresa, a petición nuestra y a instancias de una teologºia infundada y dudosa, en el estamento de lo efímero. Con lo efímero va la teoría de "asociacionismo" eventual, la legislación intríseca de la posesividad como derecho sumo y el consumismo como pretexto excapatorio. Dios se vincula, de paso, con los grandes monstruos circunstanciales: narcotráfico a gran escala, industrialización y libre mercado, informatización, medios de transporte acortando el abismo entre los polos terrestres, la persuasión y ulterior dependencia de la imagen, el exclusivismo de la publicidad (que se reserva la guinda de la masacre mental colectiva). Y no sólo los monstruos ambientales y productivos ocupan el podio del desencanto y la desorientación plural, sino que se custodia con entusiasmo idólatra el mermado cajón de "los grandes hombres", esas fogatas de carisma, esos reyes del discurso y del requiebro demagógico. Estos grandes hombres manufacturados y esmerilados por un momento histórico determinado, aseveran la necesidad -¿compensatoria?- de un caudillo, de un líder, donde acaso sublimar esa angustia universal provocada por la insatisfacción y esa ristra de miedos, psicológica y estratégicamente enclavados en los giros y las metodologías de las relaciones internacionales. Y, además, una conciencia más o menos sensibilizada, se encarga periódicamente de colmarnos de evidencias tales como que, pese al sentido y la borrachera del " progreso", gran parte del planeta- encabezada por el título ordinal y acreditativo de " Tercer Mundo"- sigue en su encerrona de desolación, hambre, analfabetismo, esplotación y resentimiento.

¿Qué se deduce de esta prescripción escatológica y febril?. A simple vista, nada. Tenemos un tendido de realidades, contenidos centrífugos y complejos de percepciones centrífugas y complejas, obligadamente actuales y humanas. Pero todas ellas apuntan al mismo distrito patológico: ante el aplastamiento ritual, por superabundancia o abuso, por ignorancia o incomprensión, el hombre moderno ha sacrificado la escala de valores y la ha volatilizado para acrecentar su prestigio y su dominio. A parte, los valores han pasado de moda, y la moda es otro de los altares simbólicos de la modernidad y de quien se jacte de acatarla. El resultado más inmediato de este simulacro de permisividad superlativa, es la carencia de recursos referenciales. O la urgencia utópica de constatar nuevos paradigmas en este particular y de éstos, en su dimensión lingüística y pragmática, vamos a ocupamos en lo que subsigue en este trabajo. Tales alternativas referenciales alivian los valores deficientes y los reajustan, al menos en términos teóricos.

¿ Qué quiere decir toda esta maraña?. Quiere decir que, ante la siempre antojadiza amenaza de vacío, se han de crear, subliminalmente o no, fórmulas orientativas y sosegadoras: el etiquetaje, la taxonomía, los tópicos clasificadores, los clichés seleccionados y direccionados a la discriminación y el elitismo velado, dispositivos persuasorios... En fin, anclajes y aseguranzas del control institucional a través del poderío y el rigor lingüísticos. El arma para poseer o para defenderse de los poseedores poseyéndoles, o, cuando menos, para asimilar el mundo perceptivo. El lenguaje como gran chivo expiatorio del envenenamiento espiritual. El lenguaje como mediador y puñal de lujo histórico. El lenguaje certeramente institucionalizado y prostituído por el poder. Entramos en la solemnidad de la pragmática. Sin embargo, acdjamos la anécdota previa ala descripción aclaratoria y a las conclusiones: estamos en la era de las acepciones abstractas (no tanto por la esencia de sus contenidos como por la ausencia de ésta). En su afán absorvente, la semántica de élite ha lanzado una desconcertante avalancha de "ismos" "ades" y "cracias". La mayoría de "ismos" estan preponderados en diversos medios de comunicación, a fin de involucrar ideológicamente ciertos modelos del pensamiento y de la realidad político- económica (presidencialismo, caudillismo, autarquismo...) o cultural (consumismo, convencionalismo, partidismo, favoritismo...), lo cual ubica y asienta

sistemáticamente valores preconcebidos y con frecuencia utilizados en la conversación más trivial, pero acrítica, masiva e indiscriminadamente. Al englobar macroconceptos vagos, al generalizar en su vocación por sustantivizar el mundo, se suelen convertir en clichés, con lo cual, nuestra más íntima manifestación crítica, nuestra opinión más personal, es la opinión del resto de mortales, es la manifestación crítica de todos aquellos que abrevan en las mismas fuentes léxicas estandarizadas. En la lógica y el proceso delos "ismos" se presiente la urgencia territorial, de determinio de los propios límites verbales colindando con las plasmaciones fenomenológicas, o sobre grupos o personas concretas. Los "ismos" consienten y estructuran un modo de control fácil, aclimatado a las demandas sociales de representación, y facilíta el entorno informativo mastodóntico, gracias a su conversión e ingreso en el mundo de los tópicos y los lugares comunes, que por comunes y tópicos, se exceptúan de cualquier propuesta o indicio reflexivo y concluyente.

Gran parte de la permanencia y la dictadura de ciertos perjucios (que emulan a otros, a su vez, y potencian a sus herederos) vienen acomodados por un marco estructural complejo, donde se asienta la ideología (en la que se filtran los objetivos, socio-culturales, políticos, económicos e históricos, opiniones e intereses comunes de un grupo) y, con ella o a pesar de ella, los órganos y las posibilidades del poder.

Sin darnos cuenta, y a través de la prepotencia del filtraje de ciertas instituciones ideológicas o "ideologicalizadas", nuestra percepción se condiciona, previa y posteriormente, por esa imposición cognitiva que opera desde los discursos políticos, los didácticos, los publicitarios y los de comunicación de masas por poner ejemplos harto clásicos. Ante esa incipiente -y real- amenaza de control receptivo (y por ende pasivo) no hay más remedio que improvisar un sistema de control inherente a cada individuo (la reciprocidad e interacción en este sentido es muy obvia como para detenernos más en ella), aunque dicho sistema suele ser, en definitiva, más una propuesta o intento de control de cada cual que una defensa del imperialismo manipulativo (nótese que yo no escapo al espejo eventual de los "ismos").

Me explico: en una sociedad taladrada por el vacío, la despersonalización y el desconcierto, sólo cabe pautarse por referencias. Es nuestra manera

de conocer, dominar y aún controlar el mundo. Este ejercicio, que implica percepción y juicio ulterior, sigue una escala desde cada ser concreto, pasando por pequeños grupos hasta las grandes matronas de los pechos lactantes para amamantar (y viciar) nuestro concepto del entorno (llámese prensa, llámase Ministerio, llámese afiche propagandístico). Estas referencias (que no solo pertenecen a la genealogía de la semántica abstracta de los "ismos", las "ades" y las "cracias"), acogen la sintomatología de nuestra opinión y catalogación subyacente y simultánea de nuestros conocimientos inmediatos, o no, de las cosas, de los otros seres, de los sucesos y situaciones. Pero no sólo a través de estrategias estilísticas, estéticas y retóricas o lingüísticas, sino, a veces, a través de una omisión consciente o, cuando menos, de una táctica atenuante.

Esto quiere decir que la teoría de la punta del iceberg es insólitamente veraz: nuestros conocimientos, nuestra actitud hacia el "alrededor", nuestra red de conexiones por contigüidad, está limitada a la punta del iceberg y predispuesta a una total ignorancia en lo tocante a lo que queda debajo de las aguas hostiles. Lo peor no es eso, a pesar de todo. Lo peor es que vemos la punta del iceberg que se nos muestra, que se nos obliga a ver. No escogemos ni el iceberg ni la longitud de su superficie flotante. La relatividad en lo cognitivo es que nuestro saber es el saber de otros que han tenido (quizá) acceso al resto del iceberg y que quieren que sepamos "eso" y no otra cosa. Nuestro conocimiento es el resultado de un ofrecimiento cognitivo arbitrario, de una destilería de prejuicios, de una ordenación del mundo según unas determinadas pautas ideológicas, en nombre de las cuales, tantomla denigración como la violación de los derechos humanos más elementales, son perfectamente factibles.

En otras palabras más ilustradoras: un adjetivo ordinal tan inocente como "Tercer" en la tópica expresión Tercer Mundo, presupone la existencia, por oposición, de al menos un segundo, un primero, y quien sabe si un cuarto (cuando los del primero decidan qué cultura es más ajena a la suya, para registrarla en su humillante lista de podios, lacras y jerarquías). La adjetivación a escala mundial es peligrosa. O mejor: es peligroso su uso generalizador y subversivo. Es peligroso que a ella se solapen únicamente las apreciaciones más malignas y todos los artilugios evaluativos. Se puede ser injusto. Es más: se es injusto, a sabiendas que institucionalizamos un prejuicio y una comparación que por naturaleza, son injustos. También se

podría ser justo. Pero ser justo, en el campo de la emblemática objetividad, no es estar o no acertado, ni facilitar altruísticamente el molde y el formato de una opinión, sino dejar que cada cual decida y razone, por sí mismo y en sí mismo, en qué estatus ordinal está viviendo y juzgando, si es que esta cuestión de órdenes mundiales es tan importante para contextualizar los mensajes que provienen del fantasmagórico primer mundo (implícito y pudorosamente informulado), que usa de hierba medicinal otros pensamientos, etnias y culturas para tapar su herida, y su vergüenza histórica.

Por otra parte, las estratagemas de la omisión desempeñan un destacado papel en el proceso de insensibilización. Así, si la punta del iceberg es el día del niño, el resto del iceberg son esos 40.000 niños que mueren diariamente en el planeta (lugar común estadístico que todos presumimos saber). Pero aunque el resto del iceberg sumergido aflorase a la superfície, ¿ qué valor puede tener, en una sociedad que no los tiene, un suceso en términos numéricos, que acabamos por admitir sin mayor desasosiego y que asimilamos tras su recepción inmediata sin sobresaltos?.

Por cada caso que sabemos de malos tratos o abusos, mil son acallados y otros tantos atenuados, no vayan a denunciar, por sí solos o por asociación, una grave disfunción social. Pero es que estos silencios son tan ideológicos y tan a propósito del poder como lo es la propia mercadería de sus discursos. Es el control de masas.

Y cada control tiene su acreditación semántica, sus usos, sus omisiones, sus substituciones y sus tabúes para concretar una visión estereotipada, acorde a las exigencias del guión de los monstruos que nos sincronizan. ¿ Qué más pruebas fehacientes de manipulación que ese turno insolente y rotativo entre los mismos protagonistas, esas palabras balsámicas destinadas a desalojar toda capacidad de relación por uno mismo y toda inquietud más allá de las previsiones del ambiguo guión firmado por los grandes hombres y avalado por lo que se nos ha impuesto como Historia?.

---

[1] Universidad de Amsterdam.